

GARCÍA HERRERO, M.^a del Carmen

Los jóvenes en la Baja Edad Media. Estudios y testimonios.

Institución Fernando el Católico, Excma.

Diputación de Zaragoza.

Zaragoza: 2018, 434 pp.

ISBN: 978-84-9911-475-0.

En este volumen la autora, M.^a del Carmen García Herrero, presenta una colección de trabajos que pretenden y consiguen dar una vívida imagen de cómo era la vida de los jóvenes desde lo que hoy denominaríamos adolescencia hasta el momento del matrimonio en el Aragón bajomedieval. La autora no se ciñe solamente a las realidades de la Corona aragonesa, sino que hace constantes referencias, comparaciones y cotejos con otras zonas europeas, por lo que su análisis es válido para la juventud de otros lugares. El estudio se acompaña de un amplio e interesante «Apéndice Documental» que ilustra a la perfección los contenidos del volumen.

El primer apartado, que lleva por título «Mocedades diversas: hacia un estudio de la juventud en la Baja Edad Media», es de carácter introductorio, un análisis sobre qué suponía la juventud, un repaso a los estudios sobre este tema y las dificultades a las que se enfrentan los historiadores a la hora de abordarlo. Una juventud que, en chicos y chicas, terminaba, no solo simbólicamente, en el momento del matrimonio, una cesura en la que de repente quedaban encuadrados en la vida adulta. Las fuentes son parcas, inespecíficas en asuntos como la edad o la terminología, con pocas informaciones precisas, pero una lectura transversal de las mismas ha ayudado a conocer las realidades de la juventud. Teoría y casuística se van combinando en este apartado en el que también es analizado lo que se esperaba de los jóvenes por parte

de los adultos: que fueran buenos hijos, que auxiliaran a sus padres en la vejez, que los honraran y respetaran, un requisito deseado entonces y quizás también hoy en día, y que la ley, como muestra la autora, sancionaba y premiaba.

El segundo gran capítulo, denominado «Aproximación a los jóvenes desde las fuentes literarias», se centra en dos asuntos que podemos utilizar de forma complementaria para obtener una visión de conjunto.

Por un lado, los consejos que algunas obras de don Juan Manuel –ocho, las más representativas en esta temática– daban para la educación de los jóvenes varones laicos nobles, comenzando en la primera infancia, continuando con la *mocedad* y la etapa más peligrosa, la *mancebía*, de los 15 a los 25 años, cuando mayor riesgo corrían de perderse y más difícil era que atendiesen a los buenos consejos. Era necesario acertar, por parte de los progenitores, en la elección de tutores adecuados en formación y valores, mostrando, también, los conocimientos académicos y la formación moral, religiosa y en buenas maneras que debían obtener con unas cualidades deseables que pasaban por la lealtad, la generosidad, la mesura, el sentido de la justicia, la cordura, la humildad, la discreción, la tenacidad y la valentía, condiciones naturales que debían ser potenciadas a través de la formación, inseparables de la defensa de un sistema de valores propio de la nobleza. A ellas se añadía una formación religiosa que pasaba por cumplir los mandamientos de la Iglesia y ser respetuosos con ella, sus prácticas y normas sin ahondar excesivamente en materia de fe, un modelo plenomedieval de noble buen cristiano. El análisis de su obra pedagógica está estrechamente unido a su ideología de clase y cómo, a través de ella, pretendía perpetuar unos estereotipos que se estaban transformando con los nuevos tiempos.

Además de la formación intelectual y moral, don Juan Manuel se preocupó de la forma física de los jóvenes, necesaria para llevar a cabo las tareas que les serían encomendadas en su vida adulta y para fortalecer el alma, aconsejando sobriedad en el comer, beber y en otras actividades placenteras, y buena formación para el ejercicio de la caza, indispensable, y la guerra. Por último, no olvidó las prácticas y usos sociales adecuados.

En este mismo capítulo la autora, utilizando fuentes diversas, analiza los principales peligros y corrupciones que acechaban a los jóvenes, su papel y protagonismo en delitos y pecados. Tras analizar los tópicos en virtudes y defectos existentes en la Baja Edad Media y sus orígenes, se centra en los tres grandes peligros en que más incurrían los jóvenes: el juego, la bebida y las mujeres; tres problemas que se complicaban cuando anteriores rencillas, enfrentamientos entre grupos y el *valer más* estaban también presentes con peleas, blasfemias y desencuentros, analizando estos comportamientos e ilustrándolos con casos extraídos de numerosas fuentes y con el análisis de moralistas y otros autores del momento.

El tercer apartado, «Los muchachos en los documentos medievales», estudia las asociaciones juveniles. Resulta muy interesante la profundización en el conocimiento del *Rey Pájaro* y los usos y a veces abusos relacionados con su celebración y la tolerancia que existía en pueblos y ciudades hacia los desvaríos festivos de los jóvenes en esta fiesta donde solicitaban aguinaldos a veces con excesivo celo. La costumbre del asociacionismo juvenil está presente en numerosos testimonios, fijándose en las de mozos solteros, al margen de otras agrupaciones, potenciadas por las autoridades locales con el fin de evitar desmanes individuales o de pandillas. La organización de ciertas fiestas, la sociabilidad y

las relaciones entre ellos y con las mozas, y la represión de abusos e inmoralidades parecen ser sus principales funciones. Estas agrupaciones son estudiadas en profundidad, sobre todo las de Villarluego, Mallén y Anento, apreciando un dirigismo de estas por parte de los adultos y el mayor peso en su seno de jóvenes procedentes de las élites de cada lugar. Eran fundamentales para mantener la paz de la juventud, los bailes dominicales, imprescindibles y que podían provocar disturbios en caso de no celebrarse, además de la participación en diversas algarabías con motivo de las bodas y otros momentos del calendario festivo, sobre todo de invierno, donde se aprecia una mayor actividad que será estudiada en el quinto capítulo.

Tras un análisis exhaustivo del asociacionismo juvenil se estudia una problemática que afectaba a los y las jóvenes, algunos casos de matrimonios clandestinos en la Zaragoza de fines del siglo xv con varios escenarios diferenciados: intereses de familiares al margen de uno de los contrayentes facilitando el rapto o, por el contrario, prometidos que se saltaban los consejos de sus familiares casándose de forma clandestina.

Una nueva mirada se vuelca sobre los jóvenes, la que, con ojos de mujer y reina, tuvo María de Castilla, reina de Aragón, esposa de Alfonso V el Magnánimo y hermana de Juan II. Su rica correspondencia y su solitaria situación en la corte la situaron como observadora y reguladora de las actividades y comportamientos propios de los jóvenes, convencida como estaba de que en esa etapa era todavía posible corregir malos hábitos. La reina mostró especial empeño en premiar y recomendar a algunos jóvenes cortesanos que deseaban medrar, preocupándose por ellos, su futuro e informando a las familias de sus progresos. También se preocupó por las doncellas jóvenes de su entorno. Y se

mostró tajante en el castigo de quienes no tenían comportamientos adecuados a su situación, protegiendo a los débiles de abusos, siendo, por ejemplo, muy esclarecedora la preocupación por doña Isabel de Pertusa, viuda con huérfanas, una de ellas criada de la reina.

En el cuarto epígrafe, «Acercamiento a los jóvenes desde la iconografía, dos ejemplos», se estudian, desde una nueva perspectiva, dos elementos iconográficos ya conocidos: las representaciones pictóricas de las vigas de la techumbre de la catedral de Teruel y una tabla de un retablo de San Joan del Mercat de Lérida.

En el primero de los trabajos la autora defiende que se representa una fiesta juvenil de primavera, analizando la iconografía del mes de abril, emblema de la juventud, el renacer e incluso el amor, encontrando en la catedral turolense a un joven coronado y con dos espigas esquemáticas, comparándolo con otras representaciones de meses de abril, además de ciertas escenas musicales. El análisis de todos los elementos lleva a proponer la interpretación de que se trata de la coronación de un *rey* juvenil del año, presidiendo una fiesta de primavera.

El segundo motivo iconográfico es una tabla, realizada hacia 1470 por Pedro García de Benabarre, donde aparece el banquete de Herodes y Herodías con Salomé y la cabeza de san Juan Bautista. En la forma de representar este conocido acontecimiento radica el interés de la obra para la temática estudiada; está ambientado en un entorno opulento, con gran cuidado en los detalles que muestran la riqueza de los protagonistas y donde la abundancia de jóvenes donceles y doncellas, unida a la representación de un solo músico, llama la atención. La clave estaría en el sincretismo cultural, pues el pintor representó la costumbre del momento

de contratar un músico para amenizar las fiestas. En el fondo se trataría de un retrato de una asociación de jóvenes festejando con una posible escena cortés.

El quinto apartado, «Niños y jóvenes al final de la Edad Media», estudia las festividades invernales y la participación de los jóvenes en ellas. Se ha apreciado a lo largo de la obra que estas celebraciones tenían a los jóvenes como grandes protagonistas. Una serie de celebraciones y actos lúdicos en los que, junto a la necesidad, propia de estas edades, de aceptación por parte del grupo, se aprendían roles y comportamientos que serían necesarios en la etapa adulta. Y en ellas los varones parece que tenían un papel activo mayor que el de las muchachas, más vigiladas y controladas por los adultos en sus comportamientos en casa y, sobre todo, en el exterior. Las dádivas, regalos, comilonas, estaban presentes, unidas a juegos de azar tolerados en ocasiones, pedidas de aguinaldos, jolgorios diversos y a veces excesivos para la Iglesia, sobre todo cuando se realizaban en lugares de culto, y la celebración de fiestas como los *obispillos*. Poco después del ciclo festivo navideño llegaba el carnavalesco con los reyes gallardos y la participación, se desconoce en qué grado, de los niños del lugar a los que parece que les gustaban mucho estas fiestas. Música y baile estaban siempre presentes en este ciclo, acabando, en ocasiones, en peleas callejeras y enfrentamientos entre grupos de jóvenes por las cuestiones más nimias.

El último capítulo de este apartado relata un hecho de trágicas consecuencias, dramático, terrible: el asesinato de un jovencísimo pastor por otro joven en Alloza (Teruel), dando pie al suceso para profundizar en él y en cómo podía ser la vida de los jóvenes en un núcleo rural de la segunda mitad del siglo xv.

El Apéndice Documental, con 40 documentos, abarca una cronología comprendida entre los años 1329 hasta 1497. Los documentos son muy variados y entre ellos se encuentran varios contratos de tamboriles y músicos, estipulando tiempos y condiciones con el fin de amenizar ciertas festividades o los bailes de los domingos; algunos abusos protagonizados por jóvenes en fiestas, incidentes durante el Carnaval; varias cartas de la Reina María de Castilla con asuntos varios relacionados con la juventud: recomendaciones, defensa de doncellas vejadas, raptadas, embarazadas, el rapto con intenciones matrimoniales de una joven en Zaragoza y la desafección parental de unos padres a un hijo por su mal comportamiento en esa misma ciudad en 1450. Por supuesto, se incluye el protocolo de 1503 del asesinato del joven pastorcillo de Alloza.

Para terminar, aparecen detallados índices tanto de personas como de lugares que ayudan extremadamente en la búsqueda de información concreta en el volumen.

La autora, gran conocedora de esta temática, presenta aquí un estudio donde las edades de la vida están retratadas de forma maestra, categorizándolas y presentando un libro de fácil lectura a la vez que de gran rigor científico que permite conocer en profundidad a los jóvenes del campo y la ciudad, nobles y villanos, consiguiendo, además, que su vida, sus inquietudes, sus aspiraciones, lleguen a nosotros transmitiendo, también, sentimientos, ilusiones y esperanzas muchas veces comunes en la juventud a lo largo de la historia.

Soledad Tena García